







A LA SOLEDAD DEL CAMPO Y OTROS POEMAS JULIO ZALDUMBIDE GANGOTENA

JULIO ZALDUMBIDE GANGOTENA

A LA SOLEDAD DEL CAMPO Y OTROS POEMAS



Julio Zaldumbide Gangotena

Nació el 5 de junio de 1833 en Quito, Ecuador. Dedicó gran parte de su vida al aspecto político republicano de su país y a la poesía romántica. En la actualidad, representa una de las figuras más importantes de la literatura ecuatoriana del siglo XIX.

En 1852 se dio a conocer como poeta con los versos de «La estrella de la tarde». Las temáticas más recurrentes en sus escritos son el amor, la tristeza, la nostalgia, la naturaleza, además del sentimiento patriótico. Entre sus poemas más conocidos destacan «A María», «A la soledad del campo», «Trova», «América y España», «Al dolor», «Al sueño», «El bosquecillo», «La eternidad de la vida», entre otros. En 1875, fue miembro fundador de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y, en 1882, fue candidato a la Presidencia de Ecuador.

Fallece el 31 de julio de 1887 en su ciudad natal.

A la soledad del campo y otros poemas
Julio Zaldumbide Gangotena

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

A LA SOLEDAD DEL CAMPO Y OTROS POEMAS

A la soledad del campo

A ti me acojo, soledad querida,
en busca de la paz que mi alma anhela
en su ya inquieta y procelosa vida;
mi nave combatida
por la borrasca de la mar del mundo,
esquiva ya su viento furibundo,
y en busca de otro viento sosegado
dirige a ti su desgarrada vela,
¡oh!, puerto deseado
en que la brisa de bonanza vuela.

Tú levantas el ánimo caído,
bálsamo das al pecho lacerado,
das nueva vida al corazón helado,
y aliento nuevo a su vigor perdido.
El alma que perdió su lozanía
y fuerza soberana,
junto con su ilusión y su alegría,
allá en la estéril sociedad humana,
en tu repuesto asilo,
en tu seno tranquilo

feliz respira al fin; sus ya enervadas
alas despliega, y remontando el vuelo,
halla para espaciarse un vasto cielo,
y recobrada la calor perdida,
con vida nueva torna a amar la vida;
así el ave, encerrada
dentro la estrecha jaula, se entristece,
pierde luego el vigor desalentada,
y en su prisión doliente desfallece;
pero si encuentra acaso la salida
que en su afán vigilante vio cerrada,
dejando libre paso a la partida,
rauda se lanza a la región del viento,
y el orgulloso vuelo desplegando
se espacia por el ancho firmamento.

Heme ya libre del tropel humano,
y contigo, ¡oh Natura, a solas heme,
y con tus montes y extendido llano!
Heme lejos, en fin, del aire impuro
que respiran las míseras ciudades,
sin oír el de dolor vago lamento
que en su recinto oscuro
se escucha sin cesar: ¡Héme aspirando

bajo tu abierto cielo inmensurable,
con placer inefable,
el aire libre, embalsamado y puro;
y en vez de humanas voces, escuchando
el apacible acento,
la melodiosa voz del vago viento!

En tu augusto retiro,
¡oh soledad!, los hombres olvidemos,
la vista separemos
del teatro infeliz de los mortales.
Caos de confusiones,
angustioso espectáculo de males,
furioso mar que ruge alborotado,
do silba el huracán de las pasiones,
do se oye el alarido desgarrado,
y el eternal suspiro
que elevan a la par los corazones.

Demos todo al olvido:
los hombres y su mundo corrompido.
Deja a mi corazón, antes opreso
por insufribles penas,

respirar libre de su enorme peso;
deja que mi alma rompa las cadenas
con que la ató el dolor, y alzando el vuelo
se espacie alegre por tu inmenso cielo;
y deja, en fin, que tienda la mirada,
tanto tiempo a un mezquino y nebuloso
espacio reducida,
por la verde campiña dilatada,
por tus claros y abiertos horizontes
y el rudo aspecto de sus grandes montes.

Bajo tu amparo, en tu sereno asilo,
¡oh soledad!, yo viviré tranquilo;
yo olvidaré la angustia de la vida,
no sentiré su peso,
vagando en tu pradera florecida,
y por el fresco laberinto errando
de tu amena floresta y bosque espeso,
yo desoiré la voz de mis dolores
por la canción del aura entre tus flores,
y el murmurar de la apacible fuente,
que baña tus jardines, resbalando
entre lirios y rosas mansamente.

Y en tu retiro y deleitable calma
iranse poco a poco disipando
algunas sombras de mi triste frente,
y el padecer del alma.

¡Oh! vosotros que dais, árboles bellos,
sombra a la tierra, al aire galanura;
aves alegres que moráis en ellos
y con canciones adormís las horas;
volubles vientos que mecéis festivos
las copas cimbradores;
diáfanas fuentes que esparcís frescura
al prado, al aire, a la arboleda oscura;
arroyos fugitivos
que corréis por hallar muelle reposo
dentro del huerto umbroso,
y entre las flores plácido remanso...
¡Árboles, aves, vientos, aguas puras,
llegó por fin el día,
que tanto ansié, de haceros compañía!
Vengo en vosotras a buscar descanso,
vengo a olvidar mis crueles amarguras;
de hoy más, junto a vosotros,
vuestra vida será también la mía.

Cuando el alba las puertas del Oriente,
coronada de aureolas de oro,
abra al rey del espacio refulgente,
uniré la voz mía
al de las aves armonioso coro,
por saludar al sol del nuevo día;
y cuando éste, inclinado al Occidente,
recoja su llameante vestidura
en los tendidos cielos esparcida,
yo y la bella natura,
que queda lamentando su partida,
nuestro adiós le daremos de amargura.

Y así en este continuo y dulce giro
de días y de noches,
con la naturaleza
en grata comunión, huirá la vida
entre contento y paz; ya no el suspiro
se oirá en mis labios, ni en mi frente erguida
las sombras se verán de la tristeza...
¡Oh! ¡Diérame la suerte
aquí vivir, ajeno de pesares,
y aquí esperar la muerte,

arrullando con plácidos cantares
el sueño arrebatado de las horas,
pues que son, como un sueño, voladoras!

A mi corazón

¡Corazón! ¡Corazón! ¿Por qué suspiras?
¿Por qué los muros de tu cárcel bates?
Es imposible, corazón... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates!

Siempre contuve tu ímpetu violento
desde que pude conocer el mundo;
siempre fui sordo a tu amoroso acento,
sin tener compasión de tu ¡Ay! profundo.

¿Sabes por qué? Tras vanas ilusiones
(ilusiones no más, bien lo sabía)
quisiste ir como otros corazones
a buscar, necio... ¿qué?, lo que no había.

A buscar el amor... amor no se halla;
a buscar la virtud... la virtud, menos;
por eso yo te opuse firme valla,
y no tuviste días de horror llenos.

Conozco el mundo y sé la red que tiende:
su mano oculta enherbolada vira
a cuya punta el corazón aprende
lo que va del amor a la mentira...

Y tú querías con ardor vehemente
lanzarte al mundo, ciego en el engaño;
ibas a perecer, pobre inocente,
al filo de su arma, el desengaño...

¡No, jamás corazón! Cese tu acento;
calma tu afán, desecha la esperanza;
ese bien que demanda tu lamento
es un bien que en el mundo no se alcanza.

¡La virtud! ¡La virtud!... es vano nombre;
sonar la oirás en nuestra impura boca,
pero en verdad no la conoce el hombre
ni responde a su voz cuando la invoca.

¡El amor! ¡El amor! Dulce consuelo,
supremo goce de la humana vida,
única flor que aromatiza el suelo,
felicidad del cielo descendida...

Mas, otra vez, oh corazón, suspiras
y el fuerte muro de tu cárcel bates.
¡Es imposible, corazón!... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates!

Al sueño

En otro tiempo huías
de mis llorosos ojos, sueño blando,
y tus alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando.

A aquel lecho volabas
en que guardan la paz las mudas horas,
y el mío abandonabas,
porque en él encontrabas
en vigilia a las penas veladoras.

Donde quiera que miras
lecho revuelto en ansias de beleño,
en torno dél no giras;
antes bien te retiras,
pues de las penas te amedrenta el ceño.

Y así huyes la morada
soberbia de los reyes opresores,
y envuelto en la callada

sombra, con planta alada
a la chozuela vas de los pastores.

Del infeliz te alejas;
con su dolor en lucha tormentosa
solitario le dejas;
no atiendes a las quejas,
y solo atiendes a la voz dichosa.

Enemigo implacable,
de cruel dolor y criminal conciencia,
de voz inexorable,
y compañero amable,
y amigo de la paz y la inocencia...

Si en otro tiempo huías
de mis cansados ojos, sueño blando,
y las alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando.

Hora al mío te llegas
solícito, sin fuerza y sin ruido;
ya a mis ojos no niegas

tu beleño, y entregas
mis sentidos a un breve y dulce olvido.

Las que no se apartaban
penas insomnes de mi lado, oh sueño;
las que siempre velaban,
esas que te ahuyentaban
con su torvo, severo y triste ceño,

volaron ya; despierta
miras en su lugar la paz ansiada;
libre quedó mi puerta,
y ya no ves cubierta
de espinas dolorosas mi almohada.

Mi conciencia no grita
para asustar tu asustadizo vuelo,
ni la ambición me irrita,
ni mi pecho palpita
en pos de alguna vanidad del suelo.

Desde este mi sereno
retiro escucho el rebullir del mundo
a su tumulto ajeno,

como si oyese el trueno
que retumba en remoto mar profundo.

Y digo: ya agitaron
las ondas de esa mar mi barco incierto;
los vientos le asaltaron,
sus velas se rasgaron;
mas, llegó salvó a este abrigado puerto.

El amor en la adolescencia

¿Quién eres tú, oh muda compañera
de mi tristeza solitaria? Di,
¿quién eres tú que fuese a donde quiera
siempre a mi lado cándida te vi?

¿Por qué al mirarte el alma estremecida
siento, y el pecho palpitar de amor?
¿Por qué me ves como a piedad movida?...
¿Qué a ti mi soledad y mi dolor?

¿Qué lazo te une a mí? ¿Qué malhadada
suerte te pudo a un infeliz ligar?
¿Eres visión, verdad, sombra de nada,
o de mi vida el genio tutelar?

Acaso vienes tú del alto cielo,
y no sé yo tu celestial misión...
¿A qué viniste? ¿Traes el consuelo
a mi desconsolado corazón?

Mis infantiles goces y recreos
no conocieron tu amorosa faz.
¿Creáronte por dicha los deseos
cuyo vago anhelar siento voraz?

Yo no sé, dulce sombra, desde cuándo,
no sé dónde, visión, te uniste a mí;
conmigo estás desde que estoy penando;
junto con el dolor te conocí.

Te veo en el silencio, en los festines;
te encuentro allí donde mi planta va,
en el bosque, en el valle, en los jardines;
en esta, en otra parte, aquí y allá.

Ninfa en el bosque, en los jardines Flora,
grave genio en la agreste soledad;
en los campos con sayo de pastora,
con rico velo y manto en la ciudad.

Dulces tus ojos son y pensativos
cual los ojos del ángel del amor;
y vas flechando en mí sus atractivos
con muda magia y silencioso ardor.

Tienes la faz de cándido querube,
misteriosa mujer, sombra ideal;
vaporoso es tu traje cual la nube,
y liviano tu talle y virginal.

Con la aurora apareces en oriente,
y envuelta en su rosado velo vas;
y aunque te vayas con el sol poniente,
conmigo en la callada noche estás.

Oigo tu voz en la aura pasajera,
del arboleda en el fugaz rumor,
cual la voz del deleite lisonjera,
tierna como el suspiro del amor...

Perfecta es tu beldad: pero ¿quién eres?,
no comprendo el arcano de tu ser.
¿Has venido del cielo?... ¿Qué me quieres?
Tu nombre y tu misión hazme saber.

«—¿No revelan mi nombre a tus oídos
el río, la pradera
los céfiros floridos,
el cielo, el sol, Naturaleza entera?

El amor es mi nombre:
nazco de la esperanza y el deseo
en el pecho del hombre,
y soy primero un vago devaneo;

Después soy el placer que en dulce fuego
el universo inunda,
y soy el dolor luego
que le sumerge en lobreguez profunda».

La eternidad de la vida

Versos dedicados a mi amigo Juan León Mera

MEDITACIÓN

I

Cosas son muy ignoradas
y de grande oscuridad
aquellas cosas pasadas
en la horrenda eternidad,
por hondo arcano guardadas.

¿Quién pudo nunca romper
de la muerte el denso velo?
¿Quién le pudo descorrer,
y en verdad las cosas ver
que pasan fuera del suelo?

Que por fallo irrevocable
padecemos o gozamos
los que a otro mundo pasamos,
es cuanto de este insondable
alto misterio alcanzamos.

Si medir nuestra razón
procura, ¡oh eternidad!,
tu ilimitada extensión,
¡qué flacas sus fuerzas son
para con tu inmensidad!

Sube el águila a la altura
del vasto, infinito cielo;
medirle quiere de un vuelo;
mas, toda su fuerza apura,
y baja rendida al suelo.

Así el loco pensamiento
se encumbra a medirte audaz;
mas se apure su ardimiento,
y abate el vuelo tenaz
al valle del desaliento.

II

En verdad que da tormento
este funesto pensar:
¿En qué vienen a parar
esas vidas que sin cuento
vemos a la tumba entrar?

En la tumba, de los seres
precisa fin pavorosa,
remate así de placeres
como de los padeceres
de esta vida trabajosa.

En la tumba, oscura puerta
cuya misteriosa llave
vuelve con la mano yerta
la muerte; playa desierta
de donde zarpa la nave,

de la vida a navegar
con brújula y norte inciertos
en no conocida mar,
mar sin fondo, mar sin puertos,
ni ribera a do abordar.

III

¿Qué es morir? ¿Qué es la muerte? «Oscura nada,
triste aniquilación», dice el ateo.
¿Todo ser en la tumba se anonada?
¡Error, funesto error! Yo en ti no creo.

Si este que siento en mí soplo divino
dentro la huesa en polvo se convierte;
si la esperanza de inmortal destino
se disipa en las sombras de la muerte;

fuera entonces de Dios dádiva inútil
esta triste existencia de un momento,
que se disipa como un sueño fútil,
o como el humo vano en vano viento.

¿A qué este don de penas y quebranto?
¿A qué darnos la vida, conducirnos
por un desierto de dolor y llanto,
y para siempre al cabo destruirnos?

¡No puede ser! El hombre desdichado,
de gusanillo que se vio en el suelo,

en mariposa angélica trocado,
de la lóbrega tumba vuela al cielo.

IV

Y ¿A dónde va quien deja nuestro mundo?
¿A dónde el que en tu sombra, muerte, escondes?
¡Jamás a esta pregunta, tú, profundo
silencio de la tumba, me respondes!

¿Sus lazos terrenales se desatan?
¿Se acuerda del humano devaneo,
o todos sus recuerdos arrebatan
las soporosas ondas del Leteo?

¿Está por dicha con la eterna unida
esta rápida vida que se acaba?
¿O allá el amigo la amistad olvida,
y el amante también lo que adoraba?

El amor, la amistad ¿Son vanos nombres
que borra el soplo de la muerte helada?
¿Del alma, que no muere de los hombres,
son ilusión no más, sombras de nada?

V

Oigo una voz que eleva el alma mía,
voz de inmortal y de celeste acento:
«¿Qué a mí, la muerte ni la tumba fría?»,
dice hablando secreta al pensamiento;

«¿Piensas que la segur que hace pedazos
las cadenas que al cuerpo sujetaron
mi esencia divinal, los demás lazos
rompe también, que al mundo me ligaron?

¿Piensas que del amor, que fue mi vida
en la vida del mundo, me despojo
estando al otro mundo de partida,
cual de la arcilla que a la tumba arrojo?

¡No! No es capricho de la carne impura
la amistad, o de amor la llama ardiente;
del espíritu si la efusión pura,
y el espíritu vive inmortalmente.

Y así a la eternidad lleva consigo,
cuando abandona su terrestre estancia,

amor de amante, o amistad de amigo,
sujetos nunca más a la inconstancia».

VI

Sí, ¡dulce voz! Cuanto me anuncias creo;
quien en ti cree espera y vive en calma,
seas la voz mentida del deseo,
o la voz del oráculo del alma.

Triste de aquel que los oídos cierra,
y cierra el corazón a tu consuelo.
¿Qué tendrá el infeliz acá en la tierra,
si la esperanza le faltó del cielo?

Noche será su triste pensamiento
que el negro ocaso ve, mas no la aurora;
en su pecho la muerte hará aposento,
anticipada a la postrera hora.

Que será como sombra ver la vida,
como sombra el placer que llega y pasa;

ver la dicha en el mundo tan medida,
¡y no esperarla alguna vez sin tasa!...

Sí, ¡profética voz! tu acento tierno
llega a mi corazón, consolatorio;
tú en la muerte el placer pintas eterno,
y el dolor en la vida transitorio.

Por ti el amor que aquí se desvanece
cual tierna flor que se deshoja al viento,
más allá de la muerte reflorece
de las eternas auras al aliento.

Tú la dicha nos pintas duradera,
y la gloria del cielo en lontananza,
borrada del sepulcro la barrera,
y trocada la muerte en esperanza...

¡Bella esperanza! Cuando ya cercano
me hallare yo a la tumba apetecida,
mis ojos cerrará tu dulce mano,
y olvidaré el tormento de la vida.

La estrella de la tarde

I

¡Salud, oh estrella de la tarde!, rosa
del jardín del crepúsculo brotada;
¡salud, estrella de la tarde!, hermosa
cual virgen al festín aparejada.

¡Estrella del amor!, cuando te miro
brillar entre las sombras ¿Por qué, dime,
triste mi corazón lanza un suspiro
y un ansia vaga de llorar me oprime?

¿Por qué tu puro rayo me estremece?...
¿Por qué, oh Natura, si tus cuadros veo
a esta hora melancólica, padece
mi alma, mecida en triste devaneo?

¡Vaga tristeza! ¡Envuélveme en tu velo!
Guía mis pasos por la hojosa alfombra

de estos hermosos árboles; anhelo
solo silencio, soledad y sombra...

La dulce sombra de mi amada, a solas,
vendrá tal vez a suspirar conmigo,
junto a este río de dormidas olas,
de los placeres de los dos testigo.

II

Era la tarde. Aquí bajo estos sauces,
sentado al margen de este mismo río,
yo te miraba, estrella, en el sombrío
crepúsculo brillar.

El agua en su cristal te reflejaba
y corría con plácido murmullo;
de la tórtola oía el blando arrullo
del aura el suspirar.

Y yo esperaba con el alma triste,
inquieto el corazón y palpitante;

atento oyendo de la brisa errante
el más leve rumor;

y al fin de tantas, tan amargas horas
de vano padecer y ansiar penoso,
¡ay! esperaba el término dichoso
de mi acerbo dolor.

La sombra del cuidado, de mi frente,
al escuchar tu voz desparecía,
a tu celeste aparición latía
mi amante corazón.

La esperanza que el pecho me agitaba
se exhaló al aire en canto melodioso;
mi lira resonó con vagaroso,
melancólico son.

III

Cual sílfide ligera que del prado
no huella con sus pies la leve alfombra,
cual con callado vuelo, entre la sombra

viene un ángel al triste a visitar,
por entre la espesura de ese bosque,
y de la tarde al esplendor de rosa,
ligera y sin rumor, cándida, hermosa,
cuán venturoso, la miré llegar.

Después, tú viste, estrella de los cielos...
Mas, ¿quién podrá contar lo que tú viste?
¿Dónde una misteriosa lengua existe
que dé su acento al inefable amor?
¡Ah! ¡Si supiera hablar como las auras
que vagan por el aire y se adormecen
en tálamos de flores, o estremecen
los árboles con plácido rumor!

Si fuera el ruiseñor enamorado
que cuenta a los rosales sus dolores
que revela a la brisa y a las flores
los ardientes secretos de su amor;
si tuviera la lengua del arroyo
que manso corre por el prado hermoso,
que bulle en los jardines sonoroso,
o salta del marmóreo surtidor.

Entonces, al compás de mi arpa triste,
contara mi secreto a las auroras,
a la luna y al sol... a todas horas,
y siempre, siempre con igual fervor.
Mas quede oculto: el sello del silencio
guarde en mi alma el tesoro de ternura;
y cuelgue el arpa aquí de mi ventura...
¡Ya el placer, el amor, todo pasó!

¡El placer, el amor!... ¡Ah! mi existencia
de nuevo la tristeza martiriza;
esta lágrima, oh Dios, que se desliza
te dice sola lo feliz que fui.
Cuando luce la estrella vespertina,
vuelvo a pensar en mis pasadas glorias
y en la copa feliz de mis memorias
vuelvo a beber el néctar que bebí.

Melancolía

A Laura

Flota en los aires, de la tarde el velo;
y al mismo paso que las sombras cunden
de la atezada noche en el espacio,
dolorosos y oscuros pensamientos
nacen dentro del alma y se difunden.

Contempla, Laura, en el tendido cielo
esas nubes que vuelan
arrebatadas de invisibles vientos...
¿A dónde van?... Mi triste fantasía
suelta vagando, por doquiera mira
misterios que al placer no se revelan.
Parece que suspira
en torno nuestro el aura voladora;
parece que al oído
nos dice cosas tales,
que sin saber nuestra alma su sentido,
al escucharlas se estremece y llora.

¿Qué es esto, amada mía?...
¿Por qué en hondo silencio nos miramos
y tus ojos se llenan y los míos
de repentinas lágrimas?... No ha mucho
que en amorosos juegos la pradera
nos miró andar, sus flores recogiendo:
tú reías alegre y yo reía...
Y ahora al recuerdo del placer perdido,
lloro yo... lloras tú... y ambos callamos.
Laura, la noche avanza y muere el día...
¿Será que el veloz tiempo nos advierte
en esta muda escena de agonía,
que tu pasión así, y así la mía,
morirán al venir la oscura muerte?...

Laura, la sombra sube y se adelanta,
y al aire tiende ya su negro tul;
la estrella de la tarde se levanta
al firmamento azul.

«Ella verá a los dos», tú me dijiste;
«quiero hablarte a su cándido fulgor».
Hela allí que ya luce; inquieto y triste
te espero dulce amor.

Y no apareces... ¡Ay! Los ojos míos
los vuelvo en derredor con ansiedad,
mirando por los árboles sombríos,
y no hallan tu beldad.

¿Por qué tardas? Hermosa es tu presencia
como en la sombra el astro del amor,
paz esparcen tus ojos e inocencia,
y tu frente candor.

A la soledad del campo

Bajo tu amparo, en tu sereno asilo,
¡oh soledad!, yo viviré tranquilo;
yo olvidaré la angustia de la vida,
no sentiré su peso,
vagando en tu pradera florecida…

Colección
Lima Lee

